

# PERFILES DE UN CANDIDATO

POR

X. Y. Z.

---

Don JUAN LUIS SANFUENTES

POR

Don JULIO ZEGERS

---

PRECIO: UN PESO

---

SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN ANTIGUA INGLESA

Calle Morandé, 631

1915

105712

# PERFILES DE UN CANDIDATO

POR

X. Y. Z.

---

## Don JUAN LUIS SANFUENTES

POR

Don JULIO ZEGERS

---

---

PRECIO: UN PESO

---

---

SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN ANTIGUA INGLESA

Calle Morandé, 631

1915

IMPRESA I ENC. ANT. INGLESA



Calle Morandé, 631

20306



## PERFILES DE UN CANDIDATO

---

### I

El país se encuentra una vez más, en presencia de la candidatura a la Presidencia de la República de don Juan Luis Sanfuentes.

Mientras un hombre público actúa en la política como diputado, como senador, como Ministro de Estado, como jefe de partido, la prensa tiene el deber de aprobar y de aplaudir o de rechazar y censurar sus actos, salvo que ellos no revistan mayor importancia; y es una sana práctica la de no avanzarse a juzgar la personalidad de los políticos, además de sus actos, sino cuando se trata de discernirles esos cargos u otros de análoga importancia, como los que van aparejados de la representación de Chile ante una o más naciones extranjeras.

Pero, cuando un político cualquiera llega a pretender la Presidencia de la República, es un deber, propio de esta forma de Gobierno, estudiar con sinceridad, con

rectitud a la vez que con franqueza, la fisonomía moral y política de quien puede llegar a ser el Jefe del Estado.

Nadie estrañará, pues, que ejercitemos el derecho y cumplamos con el deber de llamar la atención del país hacia la personalidad de don Juan Luis Sanfuentes, político que, por tercera vez, asume la candidatura a la Presidencia de la República.

Pero, en primer término, surge la cuestión de saber si el señor Sanfuentes es o no es candidato.

A muchos parecerá estraño que incurramos en la inocencia de demostrar que el señor Sanfuentes es candidato; pero debemos confesar que, si este político fuera como todos aquellos que por su situación, por su seriedad, por su veracidad, pueden aspirar a tan alto cargo público, deberíamos llegar fatalmente a la conclusión de que no es ni será candidato a la Presidencia.

En efecto, hace poco más de un año el señor Sanfuentes hizo publicar en «El Diario Ilustrado», en su nombre y entre comillas, diversas declaraciones, entre las cuales figuraba la siguiente: «no soy ni seré candidato a la Presidencia de la República».

Algunos meses después, y con motivo de otras incidencias políticas, acudió nuevamente a la prensa para hacer otras declaraciones, y entre ellas figuró la de que no declaraba que no sería candidato a la Presidencia porque sabía que nadie se lo creería.

Finalmente, en su reciente reportaje publicado en «La Unión», el señor Sanfuentes dice una vez más «yo no soy candidato».

Y ¡cosa curiosa!, ni nosotros, ni nadie, ni conservado-

res, ni liberales, ni radicales, ni nacionales, ni liberales democráticos, ni demócratas, ni los habitantes de Santiago, ni los de provincias, han dado el menor crédito a la palabra del señor Sanfuentes.

Nadie tampoco se ha preocupado de explicarse como un personaje que es senador, jefe de un partido y candidato a la Presidencia de la República, ha podido hacer y puede seguir haciendo declaraciones categóricas que son evidentemente contrarias a la verdad, contrarias a los hechos más públicos y notorios; todos se han limitado a no dar crédito alguno a esas afirmaciones, considerándolo, por el contrario y a pesar de ellas, como candidato y no como un candidato de aquellos que pasivamente esperan que la opinión se forme en torno de ellos, sino como un candidato «que *machuca* extraordinariamente la diligencia», es decir, que vive y muere en busca de adherentes que apoyen sus pretensiones.

Y esta diligencia no es sólo de ahora, sino que se ha sostenido en actividad permanente y no interrumpida desde hace quince años.

En dos elecciones anteriores fué candidato, y dejó de serlo sólo cuando las convenciones respectivas se negaron a aceptarlo, y proclamaron a otra persona para desempeñar las altas funciones presidenciales.

En ambos casos, el señor Sanfuentes dejó de ser candidato, sólo mientras asumía el poder el Presidente electo, pues al día siguiente iniciaba su campaña para el período siguiente y ponía en juego sus dos grandes fuerzas: la formación de Ministerios compuestos totalmente o en su mayor parte de políticos de segundo orden que pre-

pararan su próxima elección, y los «empeños» dirigidos a esos Ministros con el objeto de obtener el nombramiento de sus parciales en todas las vacantes producidas en la administración pública.

Otros jefes de partido, como es natural, han tratado también de llevar a los Ministerios y a las diversas reparticiones del servicio público el mayor número de sus correligionarios; pero todos ellos lo han hecho buscando solamente una mayor influencia para su partido.

El señor Sanfuentes, nó; para él eso ha sido secundario; para él lo esencial ha sido tener Ministros que le obedezcan, cualquiera que sea el Partido a que pertenezcan; para él lo esencial ha sido que el Gobierno nombre a sus recomendados, cualquiera que sea su filiación, cualquiera que sea su competencia, cualquiera que sea su honradez o su inmoralidad; lo importante ha sido, para él, contar con un agradecido más, con un partidario más de su candidatura.

Ha llenado así las oficinas públicas de jefes improvisados, incompetentes, y aún de mala reputación, y de subalternos escogidos en las ínfimas capas de los desocupados.

¿Ha podido el señor Sanfuentes hacer tanto daño a su país buscando el ensanchamiento del partido liberal democrático? Nó; ese propósito lo habría obligado a empeñarse exclusivamente por sus correligionarios, y a buscar los mejores y más dignos entre ellos.

Si ha hecho lo contrario, es porque nunca ha tenido en mira sino un propósito más restringido y personal: el de captarse adherentes para lo que ha llegado a ser el único

fin de su vida: su permanente candidatura a la Presidencia de la República:

Ahora, tomando en consideración hechos más recientes, ¿quién ignora que el señor Sanfuentes ha solicitado el apoyo de numerosas personas, así simples ciudadanos, como hombres influyentes de todos los partidos? ¿Quién ignora que ha discernido los cargos de Ministro de Estado a cuanto diputado de otras filas le ha manifestado adhesión a su candidatura, hasta el extremo de haber llegado a ser un proverbio que para ser Ministro era necesario hacerse o simularse sanfuentista? ¿Quién ignora que ha influido para que los conservadores y los nacionales proclamaran en las últimas elecciones las candidaturas a diputados de aquellas personas que le eran afectas, y que persiguió implacablemente las candidaturas de las que habían emitido opiniones contrarias a él, como los señores Fóster Recabarren, Francisco Huneus, Fórster y tantos otros? ¿Quién ignora que la candidatura del señor Sanfuentes está acordada entre los miembros de los comités de los partidos liberal democrático, conservador y nacional, aún cuando muchos hombres influyentes de estos partidos se resistan a apoyarlo? ¿Quién ignora, por fin, que el propio señor Sanfuentes ha lanzado ya su programa presidencial, bajo la forma de un reportaje que ha circulado por todos los ámbitos del país?

En consecuencia, podemos llegar a dos conclusiones: 1.<sup>a</sup>, que don Juan Luis Sanfuentes es candidato a la Presidencia de la República para el próximo período; y 2.<sup>a</sup>, que no ha dicho la verdad cuando ha afirmado lo contra-

rio, en las reiteradas y recientes declaraciones que ha hecho en forma pública y solemne.

Y de estas conclusiones se desprende un rasgo, de carácter sicológico-político, que sería bastante para aplastar a cualquier otro hombre de Estado que aspirara a la Primera Magistratura de la Nación; pero que, por extraña é incomprendible desmoralización del criterio público, no ha hecho desmerecer en nada, ante los ojos de los dirigentes conservadores y nacionales, por lo menos, la resonante personalidad política del candidato que la convención coalicionista proclamará oficialmente en pocos días más.

## II

La suprema autoridad la ejercen en los pueblos primitivos los hombres que poseen mayores dotes guerreras.

Ello es natural, ya que el estado normal de los pueblos primitivos es la guerra con los vecinos, y ya que todo lo demás es de orden secundario o subalterno.

Pero luego que las naciones han alcanzado un mayor grado de civilización, luego que la legislación y la administración de justicia han entrado a imperar, el poder supremo se ha confiado a hombres versados en los difíciles problemas de carácter público.

Aún en las monarquías, el príncipe que debe suceder al Rey o Emperador es sometido desde su tierna edad a una educación moral y política a que no se somete ningún otro ciudadano del Reino o del Imperio.

En las Repúblicas, nadie está predestinado para ejer-

cer el mando supremo; es el pueblo quien se encarga de escoger, en cada período y entre todos los ciudadanos, aquel que reúne las más sobresalientes condiciones de ilustración, de talento, de carácter, de honradez, de buen criterio, de amor a su país.

En todos los órdenes de la vida pasa lo mismo. Nadie busca a los ignorantes y profanos para encomendarles negocios, empresas o tareas científicas de importancia, cuya dirección o administración requieren prolongados y difíciles estudios.

En Chile, desde los primeros años de su organización independiente y salvo muy señaladas excepciones, han sido elegidos para ejercer la primera magistratura hombres sobresalientes por sus condiciones morales y por su estudio y conocimiento de los problemas de orden público.

Pero, en los últimos tiempos, se ha venido relajando el criterio del pueblo, ha decaído la moral, el civismo y el patriotismo de nuestros conciudadanos, en términos tales que ya no se estiman necesarias aquellas dotes sobresalientes para que un político se considere digno de alcanzar la Presidencia de la República.

Don Juan Luis Sanfuentes, que es actualmente el candidato de los partidos que forman la coalición, y que suena hasta ahora como el único candidato, de uno a otro extremo del país, es un ejemplo vivo de lo que decimos.

¿Dónde estudió o dónde aprendió el señor Sanfuentes Derecho Público, Economía Política, Legislación y Administración? Nosotros no lo sabemos.

Podría decirse que él ha suplido esa falta de estudios sistemáticos con el ejercicio y la experiencia de sus funciones de senador, desde hace tres períodos; pero ¿quién ignora que esas funciones han sido meramente pasivas, de pura espectación y esencialmente auditivas, si se nos permite la expresión?

El señor Sanfuentes ha tenido siempre en el Senado una sola preocupación: la dirección de lo que vulgarmente se llama el «*teje-maneje*» de la política ministerial de esa corporación.

Todos los graves problemas que se han discutido en el Senado desde hace varios años, no le han interesado, o sólo le han despertado un interés mudo y silencioso.

No recordamos otro caso en que el señor Sanfuentes haya pronunciado un discurso, que merezca el nombre de tal, que la respuesta que dió al senador don Luis Antonio Vergara, en una ocasión en que éste hizo un crudo examen de la actuación política del mismo señor Sanfuentes; y en ese caso su oratoria no descolló sino por su fecundidad en el insulto. Según nuestros recuerdos, el punto culminante de ese discurso fué aquel en que se dirigió al señor Vergara, que es uno de los hombres más ilustrados e inteligentes de este país, y que acabada de descender de la Presidencia del Senado, para decirle: «rapazuelo».

Piensan muchos que el señor Sanfuentes ha guardado perpetuo silencio en el Senado por retrainimiento natural, por dificultad para expresarse; pero quien lo oye conversar de corrido sobre toda clase de materias y especialmente sobre combinaciones políticas y electorales, que

son su fuerte, tiene que llegar a la conclusión de que no tiene dificultad para hablar.

Lo que puede ser es que el señor Sanfuentes sea uno de aquellos numerosos políticos que han estudiado muy poco y que para tener idea de las cuestiones de orden público que se suscitan en las Cámaras o en el Gobierno, y para formarse alguna opinión sobre ellas, necesitan guardar prudente silencio y oír a los demás.

Pero, por sobre todo, pensamos que el señor Sanfuentes mira con poco interés, desdeña, todos aquellos problemas llamados de interés general y que no se relacionan directa y estrechamente con el movimiento de los Ministerios, con los nombramientos de los funcionarios públicos, con el manejo de las influencias electorales. Por eso, no toma ni ha tomado parte alguna en los debates y se ha limitado a ejercer su influencia en los pasillos y en las pequeñas salas de conversación del Senado.

En otra esfera de acción pública, en la prensa, el señor Sanfuentes no ha sobresalido tampoco.

Por lo contrario, en ella sólo ha cultivado la modesta literatura de los *reportajes*, en los cuales tiene alguna parte el cronista que los hace o pueden tener una participación mayor las personas que suelen ayudar a elaborarlos antes de ser entregadas las carillas al diario que ha de publicarlas.

Si se estudia la vida de este candidato, anterior a su ingreso en la política, no se encuentra tampoco ninguna tarea que lo haya preparado para el ejercicio acertado de la Presidencia de la República.

Desde muy joven y hasta que entró a figurar en

la política del país, como balmacedista o liberal-democrático (año 1894), el señor Sanfuentes fué corredor de comercio, y aún cuando esta profesión da alguna experiencia para los negocios particulares y enseña a prever y aprovechar las fluctuaciones del cambio y de los valores, tal experiencia y tales enseñanzas tienen muy poco de útil o son muy insuficientes para el Gobierno de una nación.

Sin embargo, hay órganos de la prensa que durante largos años han estado llamando estadista distinguido, grande hombre público, «gran mago de la política», al señor Sanfuentes.

¿Qué de extraño tiene, pues, que ahora se le considere y que sea en realidad el único candidato posible de los partidos liberal democrático, conservador y nacional, que forman la coalición?

Este es, sencillamente, un signo elocuente de los tiempos.

### III

En una República medianamente organizada, se requiere para ser elegido Presidente no sólo ser un hombre inteligente, ilustrado, recto y experimentado en el manejo de los negocios públicos.

Es necesario, además, que todos sepan qué ideas de Gobierno tiene, qué principios políticos sirve, qué tendencias prefiere su espíritu.

Y bien; siendo lo dicho una verdad elemental, fundamental y no discutida, hemos trabajado durante largo

tiempo por descubrir y precisar lo que pudiera llamarse las ideas o tendencias políticas del candidato de la coalición, señor Juan Luis Sanfuentes, y se nos creará sin esfuerzo que hemos fracasado de la manera más absoluta en nuestra empresa, no obstante el empeño sincero y laborioso que hemos gastado en ella.

En materia propiamente política, hemos llegado, por momentos, a la conclusión de que el señor Sanfuentes es liberal; pero inmediatamente hemos debido abandonar esa conclusión ante los hechos que atropelladamente han invadido nuestra memoria: la íntima unión con los conservadores bajo el Gobierno de don Federico Errázuriz E., de don Germán Riesco y del actual Presidente, señor Ramón Barros Luco; el pase libre dado por él al partido conservador durante esos quince años, en todo orden de cuestiones partidaristas o simplemente administrativas, como el presupuesto del Culto, la restricción de la enseñanza pública, los nombramientos judiciales o de cualquiera otra especie; el proyecto de ley que firmó en unión de los senadores conservadores, señores Cifuentes, Tocornal y otros, para otorgar a los establecimientos católicos de instrucción secundaria y superior, las atribuciones de otorgar grados y títulos profesionales, como los que hasta aquí ha otorgado solamente el Estado.

Ante este agolpamiento de hechos, hubimos de caer súbitamente en la conclusión de que el candidato de la coalición, señor Juan Luis Sanfuentes, es conservador; pero con igual rapidez se nos vino a la mente el programa ultra-liberal que aceptó en la memorable campaña política que el liberalismo de Chile emprendió en favor

de la candidatura de don Vicente Reyes; nos asaltó al espíritu aquella campaña eleccionaria de Llanquihue, emprendida por el señor Sanfuentes, en unión del candidato a senador señor Ismael Tocornal, a impulsos de los más puros e irresistibles «vientos liberales;» llegaron a nuestro cerebro las cláusulas de aquel pacto de alianza que precedió a la elección del señor Riesco, las cuales fueron redactadas, entre otros, por los señores Ismael Valdés Valdés, Juan Castellón, Manuel E. Ballesteros, Maximiliano Ibáñez, y reformadas en la sesión respectiva de los comités, a indicación de don Juan Luis Sanfuentes, quien dijo que las encontraba «poco acentuadas» en la parte relativa a la enseñanza pública y a la reforma de la ley de matrimonio civil; vino, por fin a nuestra mente la carta que el señor Sanfuentes escribió a don Javier A. Figueroa, durante el funcionamiento de la última Convención presidencial de 1910, en la cual hacía su profesión de fé liberal y se comprometía a gobernar con el liberalismo y a procurar con ese objeto la fusión de liberales y liberales democráticos.

Nosotros no hemos podido, pues, determinar cuál es la filiación propiamente política o de doctrina del señor Sanfuentes.

Lo único que se destaca en forma clara de las actitudes tan profundamente contradictorias que ha asumido don Juan Luis Sanfuentes en los sucesos más graves en que le ha tocado intervenir, es que no tiene programa, doctrina, ni orientación alguna determinada.

Para él, ser liberal o conservador, radical o demócrata, es perfectamente indiferente. El ha sido, es y será siem-

pre lo que sea necesario para reunir elementos electorales que le aseguren el triunfo como candidato a la Presidencia de la República, o que por lo menos le permitan mantener sus esperanzas de alcanzarla.

Pero, se nos dirá que, si bien es cierto que no es liberal ni conservador, es en cambio un genuino y legítimo liberal democrático.

Ello es así, aún cuando es un liberal democrático de los que no fueron balmacedistas, de los que no actuaron con el Presidente Balmaceda en 1891, no obstante que ya tenía la edad en que Jesuscrito había abandonado la tierra o en que Napoleón había conquistado la Europa.

Don Juan Luis Sanfuentes fué liberal democrático por cariño a su hermano, don Enrique Salvador, y porque, habiéndose éste ausentado a Europa, se le presentó la ocasión de ascender, de soldado recién llegado a las filas, a presidente, jefe y caudillo de un poderoso partido político, nó en forma transitoria, sino permanente y superior a la voluntad de los verdaderos jefes y fundadores del mismo partido, sin exceptuar a su mismo hermano, don Enrique, después de su regreso de Europa.

Esas gangas se presentan pocas veces, y don Juan Luis Sanfuentes no es de aquellos que desperdicia una perdiz que no vuela, ni en materia política ni en ninguna otra.

Por lo demás, si bien es cierto que don Juan Luis Sanfuentes ha sido liberal democrático, desde entonces, es preciso tener presente que como tal ha sido ultra-liberal en ocasiones, y clerical ortodoxo en otras, sin que haya tenido más propósito firme y duradero que el de

legar a la Presidencia de la República y el de conseguir, con ese objeto, el nombramiento del mayor número posible de sus recomendados para todas las funciones públicas.

El señor Sanfuentes es, pues, un candidato sui-generis, que no tiene filiación política alguna y que puede tenerlas todas, según las circunstancias.

En el entretanto, el señor Sanfuentes se debe exclusivamente a sus amigos personales, y una vez elegido Presidente, formaría, como lo diremos más adelante, una verdadera guardia pretoriana con los liberales democráticos, conservadores, nacionales, liberales y radicales que tengan naturaleza para alejarse de sus respectivos partidos y para formar, militarmente, a su lado.

El señor Sanfuentes, por ley superior a su propia naturaleza, no podría hacer en la Presidencia de la República algo diametralmente opuesto a lo que ha hecho como presidente o como jefe omnipotente del partido liberal democrático; mandar él solo y en la compañía exclusiva de aquellos que por su falta de carácter, por su mediocridad o por su natural deseo de ser Ministros, senadores, diputados o empleados públicos, no discuten sus opiniones ni resisten en forma alguna sus resoluciones.

No ha tenido esa mansedumbre don Enrique Salvador Sanfuentes, don Luis A. Vergara, don Juan E. Mackenna, don Emilio Bello, don Manuel Salinas, don Joaquín Fernández Blanco, don Elías Balmaceda; pues bien, a todos ellos los ha fusilado, políticamente hablando, o por lo menos los ha mandado fusilar, porque si la orden no

se ha cumplido, la intención era bien conocida, como dijo un español.

No es difícil, por consiguiente, predecir lo que sucedería a los conservadores, a los nacionales y aún a los demás partidos, una vez que el señor Sanfuentes asumiera el Mando Supremo de la República.

Sin ir tan lejos, rogamos a los jefes de esos partidos que echen una lijera ojeada sobre lo que actualmente ocurre ya en sus respectivos campamentos políticos.

Los nombres se agolpan a la memoria... y la tentación es grande, pero delicada. La prudencia es madre de la ciencia, y preferimos guardar silencio,—sobre todo en los delicados momentos que atravesamos.

#### IV

Hemos dicho que el candidato de la Coalición, don Juan Luis Sanfuentes, no tiene filiación propiamente política o doctrinaria, y ni siquiera orientaciones que permitan al país saber cuál sería el rumbo de su posible Gobierno.

Se observará, sin duda, que no es posible que un hombre tan desprovisto de principios, que jamás ha levantado una de aquellas ideas que arrastran al pueblo o a los partidos, haya podido alcanzar la alta situación política que ha tenido y que hoy confirma el hecho de ser el candidato de los tres partidos de la Coalición.

Sufren un grave error quienes así piensan.

La decadencia moral y política que se ha producido en Chile, desde hace ya largos años, ha hecho posible y fácil lo que antes no era realizable.

Los partidos han perdido la antigua fuerza de sus principios.

Los hombres se han corrompido en forma tal que ya no luchan por las ideas de buen Gobierno inscriptas en los programas de sus respectivos partidos, sino que prefieren aceptar todas las componendas que les aseguren su entrada al Congreso, su exaltación a los Ministerios, o algunos negocios de la más dudosa moralidad que les permitan gozar de la holgura que por ningún otro camino podrían alcanzar.

Se ha venido formando así una situación social, moral y política que no sólo explica el auge de un caudillo como don Juan Luis Sanfuentes, sino que presenta a éste como su fruto genuino y obligado.

Si el señor Sanfuentes no fuera como es, y esto hay que decirlo en su favor, otro político, con cualquiera otro nombre, habría aprovechado y explotado para sí, el debilitamiento de los partidos y la flaqueza de los hombres durante los últimos veinte años.

El señor Sanfuentes, que tiene defectos o deficiencias que no le permiten ser siquiera un mediocre Presidente de la República, ni tampoco el jefe de un partido de ideas, tiene condiciones excepcionales como simple caudillo, como jefe de una o más agrupaciones de hombres cuyo propósito esencial sea estar en el poder, como fin, y no como medio de realizar ideas ni programas de Gobierno.

El señor Sanfuentes es en política lo que en sociedad se llama un hombre de mundo, pero de mucho mundo.

Desprecia profundamente, para sí y para los demás, y

talvez sin haberlo pensado, todo ese bagaje que forman los principios políticos, religiosos, económicos o sociales, así como los precedentes históricos y las tendencias de partido o de clase.

Para él no hay más que un sólo principio en todo orden de materias: la conveniencia personal.

El fué comerciante por largo tiempo, como corredor, y ha seguido siéndolo hasta ahora en cada una de las operaciones de bolsa con que ameniza la aridez de la vida pública.

En esa rama de la actividad humana la ganancia es el fin legítimo; el señor Sanfuentes se ha connaturalizado con el comercio, y una vez que llegó a figurar en política y que ha alcanzado el rango de jefe de partido y de hombre de gran influencia en el Gobierno de este país, no ha comprendido que rijan otras reglas que las que él ha conocido y practicado.

Hombre inteligente y esencialmente práctico, conoce las flaquezas humanas y sabe descubrir a cada cual la pasión que lo domina. la «cosa» que más le interesa.

Constituído en presidente del Partido Liberal Democrático hace ya varios años, se presentó, pues, a don Juan Luis Sanfuentes un ancho campo de acción.

Encontró en el partido dos categorías de hombres. Unos eran políticos de importancia, por su ilustración, por su capacidad, por su carácter y por los servicios públicos que podían exhibir. Naturalmente esos hombres pretendían dirigir a su partido, o por lo menos influir efectivamente dentro de él. Estos hombres no me convienen, se dijo el señor Sanfuentes.

Había, en cambio, otros políticos mucho más numerosos, aunque más modestos, que no tenían tantas condiciones y que no abrigaban la pretensión de mandar sino la resolución de obedecer. Estos son mis amigos, pensó el señor Sanfuentes.

Y desde entonces negó el pan y el agua a don Claudio Vicuña, a don Enrique Salvador Sanfuentes, a don Luis Antonio Vergara, a don Emilio Bello, a don Juan E. Mackenna, etc., etc.

En cambio, a los otros, a los de modestas aspiraciones, los hizo y los sigue haciendo diputados, senadores, Ministros y consejeros de Estado, Ministros Diplomáticos, etc., o les ha procurado otras ventajas gubernativas, según las condiciones y necesidades de cada cual.

En la situación que se ha producido en el país, después de la Revolución de 1891, y especialmente para los liberales democráticos, que formaban el personal administrativo del Presidente Balmaceda, se comprende la buena acogida que debía encontrar un jefe que manifestaba tener un conocimiento tan cabal de las necesidades de su partido.

Esa política dió al señor Sanfuentes tan espléndidos resultados, que muy pronto concibió el plan de aplicarla a los demás partidos, e individualmente a muchos de los hombres que militan en filas extrañas a las propias.

Es así como la casa del señor Sanfuentes se ha convertido en una especie de «gruta de Lourdes», a la cual han llevado su ofrenda o su promesa de fé los necesitados y los afligidos de las razas y de las categorías más diversas

¿Hay un ciudadano de Santiago o de las provincias que necesita una ocupación y que la ha buscado pacientemente y por largo tiempo?

De diez veces, es seguro que en nueve se puede decir que ha fracasado el postulante, si no ha hecho la peregrinación a Lourdes, ya que el mismo señor Sanfuentes se habrá encargado de rechazar por medio de sus Ministros al osado que ha pretendido un puesto sin pedírselo a él; y por el contrario, de diez veces, en nueve obtendrá éxita el que haya llegado, sombrero en mano, a hacer su ofrenda al santo milagroso de la calle de la Catedral.

Y aunque es agena a nuestro estudio la publicación de piezas probatorias, que lo convertirían en un libro, permítasenos, por esta sola vez, insertar la carta que uno de los jefes de oficina, el administrador de Acoholes, dirigió al señor Sanfuentes con fecha 9 de Mayo de 1913. Esa carta es una muestra de las muchas análogas que él debe recibir con frecuencia.

Dice así:

*«Santiago, 9 de Mayo de 1913.—Señor Juan Luis Sanfuentes.—Presente.—Estimado don Juan Luis: Tengo el agrado de decirle como quedaron en la reorganización, los principales recomendados de Ud. y misia Anita.*

*Don Amador Arellano, que no se presentó al concurso, ha quedado con un puesto nuevo con \$ 4,200, antes tenía \$ 4,000 y ha quedado ubicado en Santiago.*

*Don Guillermo Sanfuentes, que tampoco se presentó al concurso, ha quedado en Santiago en otro puesto nuevo, con \$ 4,000, antes ganaba \$ 2,400.*

*El señor Salvador Sanfuentes, que tenía un sueldo de \$ 3,000 ha quedado en Santiago y ganando \$ 6,000.*

*El señor Gatica M., que ganaba \$ 3,600 ha quedado con \$ 6,000 y con residencia en Santiago.*

*El señor Carlos Egaña, que tenía un sueldo de \$ 4,500 ha quedado con \$ 7,200 y con residencia en Santiago.*

*Don Julio Gacitúa, que ganaba 2,000 pesos quedó en Santiago con \$ 4,000.*

*Don Lucio Carrasco, que ganaba \$ 2,400 ha quedado en Santiago con \$ 6,000.*

*El señor Oscar Bonilla que tenía un puesto de \$ 2,000 ha quedado en Santiago con uno de \$6,000 y el señor Carlos Navarrete H., que ganaba 2,000 pesos, ha quedado con \$ 6,000 y ubicado en Buín, donde él quería.*

*En cuanto a la recomendación que me ha hecho en favor de don Luis Luco, debo manifestarle que será ascendido.*

*Excusado será decirle que he hecho todos los esfuerzos posibles para que los recomendados de usted quedarán en la mejor situación. Aunque estimo que han quedado bien, no se ha mejorado más su condición porque ha sido materialmente imposible.*

*Disponga, como siempre, de su Afmo. y S. S.—(Firmado).—EDUARDO MACKENNA C.»*

Y nadie debe extrañarse de que los aspirantes hayan aceptado, de buen o mal grado, lo que para ellos se ha presentado como una omnipotencia consumada y necesaria, cuando políticos que figuran en los puestos más espectables de todos los partidos, han acudido con igual mansedumbre al mismo santuario, llevando la ofrenda,

sincera o simulada, de su adhesión al señor Sanfuentes, a la vez que la deslealtad para con los propios, tan sólo por alcanzar una cartera ministerial?

El señor Sanfuentes, cual nuevo San Pedro, ha tenido la llaves del cielo en este país, durante largos años, y no ha encontrado en esa alta situación el medio de servir a su patria llevando a los Ministerios, a las Cámaras y a la Administración Pública a los hombres más dignos y competentes, sino a los más sumisos.

Ha aprovechado su situación privilegiada en comprar con los sueldos y con las funciones honoríficas de la Nación, algo que debía obtener por medios muy distintos, o que por lo menos debía pagar con dinero de su bolsillo; su candidatura a la Presidencia de la República.

## V

Don Juan Luis Sanfuentes, como lo hemos dicho, ha hecho una gran labor política dando u ofreciendo a quien encuentra a mano lo que necesita o le conviene, con tal que ello sea a costa o por cuenta del Estado, y nó de su peculio personal; pero para realizar esa labor, ha necesitado, previamente, crearse una situación que su partido, por sí solo no podía darle.

Un jefe de un partido que tiene la cuarta parte de las fuerzas parlamentarias, no puede por sí solo organizar Gabinetes, disponer a su voluntad del presupuesto público, nombrar a los funcionarios superiores y a los empleados subalternos de la Administración Pública.

Aún más, a primera vista parecería imposible que un

caudillo que para formar mayoría de Gobierno ha necesitado no sólo del concurso de otro partido, fuera del propio, sino del apoyo de un tercer partido, haya podido disponer no sólo de la influencia que constitucional y racionalmente correspondería a esa agrupación política, sino de la acción gubernativa que nuestras leyes fundamentales acuerdan a la mayoría de ambas ramas del Congreso.

Sin embargo, la verdad es otra. En el hecho y durante quince de los últimos veinte años de nuestra vida pública, don Juan Luis Sanfuentes ha sabido manejarse en forma que su partido y él, personalmente, han contado con el apoyo incondicional de otros dos partidos, ora el conservador, ora el nacional, ora una fracción coalicionista del Partido Liberal.

¿Cómo ha realizado el señor Sanfuentes este verdadero milagro político?

De una manera sencilla. Ni él ni sus correligionarios han dado la más mínima importancia a lo que pudiera llamarse el credo, el programa o los antecedentes del Partido Liberal Democrático o balmacedista. Para él y para ellos no ha habido más principio que el de estar en el Gobierno, ocupar los empleos públicos y aprovechar ampliamente todas las otras ventajas del poder.

Entre tanto, el Partido Liberal, en su inmensa mayoría, a lo menos, se ha negado a formar parte de mayorías de gobierno que le impusieran la condición de atentar contra su programa o de vulnerar conquistas ya alcanzadas; el Partido Radical se ha encontrado en igual caso; y el Partido Conservador ha debido también negarse a for-

mar parte de gobiernos en que tuvieran acción directa o indirecta los radicales.

Entre tanto, el señor Sanfuentes y sus correligionarios no han tenido traba para nada, ni inconvenientes para andar con cualquiera, moro o cristiano.

¿Han ido los acontecimientos por el camino de la Alianza de los partidos liberales, como en las postrimerías del Gobierno de don Jorge Montt? El señor Sanfuentes entra de lleno a la Alianza y coopera a la campaña presidencial hecha en favor de don Vicente Reyes.

¿Triunfa el señor Errázuriz y con él la Coalición?—El señor Sanfuentes ingresa a ésta y al Gobierno con una fracción de su partido y deja a la otra en la oposición.

¿Vuelve la opinión pública a levantar a la Alianza en los últimos días del Gobierno del señor Errázuriz y proclama la candidatura del señor Riesco contra el jefe de los nacionales, don Pedro Montt?—El señor Sanfuentes se liberalizará nuevamente y queda siempre en el Gobierno, dejando los honores de la oposición a sus antiguos compañeros conservadores y nacionales.

¿Liberales y radicales se resisten a satisfacer las insaciables exigencias del señor Sanfuentes durante los primeros tiempos de la Administración del señor Riesco?—El señor Sanfuentes aprovecha el pretexto, les notifica que el Partido Conservador los espera con los brazos abiertos, y se va efectivamente a formar Gobierno con ellos y a disponer, desde la «Casa Azul», de los Ministerios y de los nombramientos de los empleados públicos.

¿La opinión del país levanta una vez más a la Alianza de los partidos liberales que proclaman y hacen triunfar

la candidatura del jefe nacional, don Pedro Montt?— Hasta ahí no más, dice el señor Sanfuentes, y por primera y única vez permanece fiel a los conservadores, no por amor a ellos, sino por odio invencible a los nacionales y su jefe, que parece conservar hasta ahora, no obstante los mirajes seductores del presente. Se eclipsaron así los destellos del «mago» durante la mayor parte del gobierno de don Pedro Montt, no sólo por la razón ya dicha, sino porque ese mandatario creyó conveniente tenerlo a raya.

Llegó, por fin, la campaña presidencial motivada por el fallecimiento del señor Montt. Los conservadores «me la jugaron», en la elección anterior y proclamaron a Lazcano, se dijo el señor Sanfuentes, y sentó plaza una vez más en la Alianza.

Allí le fué mal también; pero, si no obtuvo todo lo que deseaba, echó raíces que le aseguraban los medios de prepararse una tercera candidatura presidencial, que sus mejores amigos consideran la última, y que nosotros consideramos solo la tercera.

No bien el Excmo. señor Barros Luco había asumido el mando, y ya el señor Sanfuentes volvía sus ojos al Partido Conservador y, en unión de una fracción liberal, primero, y del Partido Nacional, últimamente, desplegaba a todos los vientos la bandera coalicionista, se afirmaba de nuevo en el Partido Conservador y echaba las bases de su omnipotencia gubernativa y de su actual candidatura.

En primer término reclamó la preeminencia que llamaremos capital y que se reserva en todas sus evolucio-

nes políticas: la de designar los Ministros de su partido y de escoger todos los otros entre la gente *feble y beneficiable* de los demás partidos aliados con él.

Todo eso ha sido el precio que se le ha pagado por su *lealtad* hacia los radicales y nacionales, primero, a quienes barrió de las funciones públicas, y hacia los liberales, después, contra quienes ha lanzado todas sus iras por el pecado más grande que puede existir ante los ojos del señor Sanfuentes: tener pretensiones a la Presidencia de la República, y no sólo un liberal sino varios. ¡Qué desacato! ¡Qué inmoralidad!

Se explica, pues, una vez que se recuerdan estos hechos, cómo el señor Sanfuentes se ha hecho omnipotente.

El ha andado armado con arma blanca y con arma de fuego, mientras liberales, radicales y conservadores han marchado alternativamente a su lado sin más defensa que sus manos.

Entregadme los nombramientos, les ha dicho, y se los han entregado casi siempre, porque en caso contrario saben que a él lo esperan con los brazos abiertos «los otros», los liberales y radicales unas veces, los conservadores, otras veces.

Y hoy mismo la estratajema sigue siendo eficaz. ¡Dadme la Presidencia! dice a los pobres conservadores (que, entre pecho y espalda, se guardan silenciosamente su repugnancia y su miedo) porque, si no, me voy a hacer la Alianza!

Y los conservadores recorren en su mente el pasado, y exclaman: ¡es cierto! ¡se nos va! ¡hay que dársela!

Se olvidan de que en esa operación no hay ganancia.

La Coalición es cierto que no da la Presidencia, pero da siquiera una proclamación solemne, en Convención amplia o restringida; la Alianza no da ni proclamación.

## VI

Un político que, por los procedimientos que son conocidos y que ya hemos expuesto en este estudio, ha alcanzado y ejercido tanta autoridad como el señor Sanfuentes, ha debido influir poderosamente también en la marcha de los negocios públicos durante los últimos años.

Así es, efectivamente, y no nos cuesta reconocerlo, porque no tenemos el propósito de negar, ni siquiera de atenuar la personalidad política del señor Sanfuentes, sino el ánimo de hacerlo conocer como es, a fin de que el pueblo, en las elecciones del 25 de Junio próximo, pueda votar por él o contra él con pleno conocimiento de causa, cual corresponde en un país republicano.

La acción política del señor Sanfuentes, como lo hemos dicho, ha sido silenciosa y oculta en la discusión de las leyes, nula en todos los debates de alguna trascendencia pública o de doctrina; pero ha sido fecunda e incansable en todo lo relacionado con las funciones propiamente políticas o ministeriales de ambas ramas del Congreso, y ha llegado a los límites de lo increíble y de lo enfermizo en cuanto se refiere a la organización de los Gabinetes y a la tutela tiránica que ha ejercido sobre la voluntad de los Ministros y aún de algunos Presidentes de la República.

En su acción parlamentaria o ministerial, ya hemos

visto cómo ha viajado de la Alianza a la Coalición y de la Coalición a la Alianza, en forma que sólo puede compararse a un transatlántico de la carrera.

Esa extraña movilidad ha muerto los programas y los rumbos de partido en Chile, sin los cuales no puede haber Gobierno parlamentario, responsable, consciente e inspirado en el bien público, a la vez que una oposición levantada y fiscalizadora.

En lugar de un buen Gobierno, hemos tenido, pues, Gabinetes de componendas hechos sobre la base tácita de dar al señor Sanfuentes el nombramiento de todos los funcionarios superiores y de los empleados subalternos de la administración pública, y al Partido Conservador el mantenimiento y el ensanche del presupuesto del Culto y de las subvenciones a la enseñanza religiosa o católica.

Es así como el país ha presenciado durante los últimos años la desorganización y la corrupción más profundas de toda la Administración pública.

En numerosas oficinas se han nombrado como jefes de ellas o de sus secciones principales a individuos traídos de fuera, sin antecedentes, sin competencia, sin seriedad, y cuyo único título era el empeño del señor Sanfuentes.

Así, con esa regla de favor y de postergaciones dolorosas y humillantes, el señor Sanfuentes ha muerto en el personal administrativo del país el estímulo que asegura en forma ireemplazable la laboriosidad y la corrección en la conducta de los empleados, y lo ha sustituido por la doblez, el adulo, la abyección, y la intriga del inferior contra el superior.

En la misma o peor forma, el señor Sanfuentes ha corrompido el único baluarte en donde se había refugiado la antigua austeridad de la Administración Pública de Chile; el Poder Judicial.

Un buen día, un mal día debemos decir, falleció el consejero de Estado señor Aguirre Vargas, y el señor Sanfuentes, de acuerdo con el Ministro conservador don Abraham Ovalle, consiguió arrancar a S. E. el Presidente de la República el nombramiento de don Enrique Fóster R., con el cual el señor Sanfuentes y el Partido Conservador pasaban a tener mayoría de un voto en esa alta corporación.

Desde ese día, también, se acabaron los nombramientos judiciales por razón de antigüedad o de mérito.

Desde entonces se ha convertido el Consejo de Estado en un Consejo de Venecia, que ha desnaturalizado sus funciones constitucionales, formando sistemáticamente «ternas cerradas» en las cuales la atribución del Presidente de la República de nombrar a los funcionarios del orden judicial queda anulada de hecho.

Desde entonces se nombran para los juzgados y para los tribunales superiores a individuos que, por lo general, son agentes electorales, partidarios del señor Sanfuentes, y muchas veces individuos corrompidos que fallan los pleitos según el color político del litigante o de su abogado, cuando no venden las sentencias o el voto que deben dar.

En otros órdenes de la Administración Pública ha ocurrido algo análogo.

La Empresa de los Ferrocarriles del Estado se ha con-

vertido, salvo honrosas excepciones, en un albergue de politiqueros, partidarios del señor Sanfuentes, y de gente inepta y ociosa que ocasiona al erario público pérdidas que han llegado a comprometer gravemente la situación financiera de la República.

En la Administración de los bienes fiscales, hemos visto imperar el abandono y el derroche. Hoy no se podrían calcular cuántos centenares de millones de pesos valen los terrenos salitreros y los terrenos agrícolas del sur que los Ministros, que llamaremos y que en la Historia de Chile, se llamarán, de la decadencia, han regalado a sus parientes, a sus compadres o a sus correligionarios.

En materia de presupuestos y de Hacienda Pública, la era de las mayorías parlamentarias y de los Gabinetes del señor Sanfuentes, será memorable. Los Ministros, en sus periódicas exposiciones, han reconocido los grandes déficits producidos en el ejercicio de cada año, y ellos y sus mayorías, con calma estoica, han seguido aprobando gastos cada vez mayores, para pagar a los nuevos empleados que necesitaban nombrar, para dar las subvenciones solicitadas por los correligionarios, o para satisfacer la codicia de los contratistas o industriales patrocinados por los jefes administrativos.

Esa es la situación que la omnipotencia parlamentaria y gubernativa del señor Sanfuentes ha creado al país. los partidos desorganizados y sin rumbos, bajo la acción demoleadora de las combinaciones ministeriales fundadas tan sólo en el reparto de los puestos públicos y de las ventajas del poder, y divididos en enconadas fracciones bajo la acción individual y de zapa ejercida sobre los se-

nadores y diputados más débiles y ambiciosos, a quienes el señor Sanfuentes ha tentado y ha torcido con el ofrecimiento de carteras ministeriales o de otros honores y ventajas; la Administración Pública corrompida por la más vulgar politiquería electoral; el Poder Judicial herido en su prestigio, en su saber, en su honradez, para hacerlo servir también a fines políticos y electorales; la Hacienda pública en bancarrota, o poco menos, como consecuencia del derroche que imponen los gobiernos y las mayorías parlamentarias que persiguen el reparto de los cargos y de los dineros públicos y la acumulación de influencias electorales.

## VII

Los hechos y las consideraciones que hemos expuesto en este estudio demuestran la participación preponderante que ha cabido al señor Sanfuentes en el gobierno del país y en la marcha de los negocios públicos durante los últimos años.

Esa participación ha sido tan grande, que es muy frecuente oír en las conversaciones políticas opiniones de personas que, sin ser partidarias del señor Sanfuentes, piensan que, ya que éste ha gobernado de hecho, desde afuera, y sin responsabilidad, convendría «dejarlo salir», para que asuma siquiera la responsabilidad de sus actos, y no siga manejando el país detrás del telón. (Este consejo nos hace recordar el remedio que nuestros campesinos aplican a los caballos que han sufrido golpes: los

golpean en el mismo punto, con una piedra, para facilitar la reabsorción del mal.

Nosotros no pensamos así, y creemos, por el contrario, que el señor Sanfuentes tiene en el mal gobierno y en los desaciertos de los últimos años una responsabilidad tan grande y efectiva como lo ha sido su participación y su influencia en la dirección de los negocios públicos.

No tendrá la responsabilidad oficial, como si hubiese sido Presidente de la República; pero tiene la responsabilidad moral y política, como jefe de partido, como jefe de las mayorías de gobierno, como hacedor de los Ministerios, como dueño y señor de la voluntad de los Ministros liberales democráticos y de los Ministros liberales, conservadores i nacionales que han figurado y que figuran hoy mismo a la cabeza del Gobierno.

El señor Sanfuentes no es, por tanto, un político cuya manera de gobernar esté por verse y respecto de la cual puedan abrigarse esperanzas; es un caudillo que ha gobernado efectivamente al país durante largos años y que tiene, sin duda alguna, la mayor participación en los actos que han creado a la República la situación política, administrativa y financiera que hoy alcanza y que hemos ya bosquejado a la ligera.

Los partidarios del señor Sanfuentes podrían decir que la gravísima situación que alcanza el país se debe a la guerra europea; pero quiénes piensen así olvidan que la crisis general existía en Chile antes de estallar la conflagración europea, y que ésta no ha hecho más que agravar uno de los efectos de esa crisis, el económico, que, a nuestro juicio, siendo hoy de carácter más agudo, es

menos grave que la desorganización y desmoralización de los partidos, de la administración y del gobierno en general.

¿Cómo creer, entonces, que el señor Sanfuentes pudiera ser el hombre que los chilenos escogieran para gobernarlos durante el próximo quinquenio y para salvar al país de la tremenda crisis general en que hoy se encuentra sumido?

Comprendemos que los ciudadanos que se encuentren satisfechos con la marcha que el Gobierno del país ha seguido durante los últimos años, sean sus partidarios decididos.

Ellos están en su derecho, pero también lo estamos los que pensamos que la República ha sido pésimamente gobernada desde hace ya largos años, y que lo que corresponde, si queremos salvarla, es apartar a los hombres que han tenido en sus manos la voluntad del Congreso y del Ejecutivo y dar la dirección superior a hombres más capaces y, sobre todo, mejor inspirados y de criterio moral y político más elevado.

El señor Sanfuentes, con la perspicacia que dan los años y el continuo fogueo político, ha comprendido que el pueblo de Chile no podría adivinar cuáles serían sus rumbos, sus ideas, sus propósitos de gobierno, para el caso de lograr sus ambiciones presidenciales en Junio próximo; y ha comprendido también que el pueblo, para juzgarlo y para formarse juicio sobre las expectativas que le ofrece su gobierno, tenía que tomar en cuenta los hechos en que ha tomado parte, los actos que ha ejecu-

tado, la conducta que ha observado como director incontestable de nuestra política en los últimos años.

Así se explica que el señor Sanfuentes antes de ser proclamado por la Convención coalicionista, antes de estar ésta definitivamente organizada y mientras él mismo afirmaba que no era ni sería candidato, creyera conveniente publicar un largo «programa presidencial.»

Le ha sucedido al señor Sanfuentes algo que es muy humano: buscar lo que menos se tiene, presumir de aquello en que uno es más débil.

Nerón gustaba de que sus palaciegos le dijeran que era mejor poeta que emperador, y es conocido también el caso de hombres completamente iletrados que se compran grandes bibliotecas, y de otros que, no teniendo dinero para comprarlas, han hecho simular en cartón el dorso de los libros.

Así, también, el señor Sanfuentes se ha provisto oportunamente de su respectivo «programa», en el cual fuera de unas cuantas generalidades sobre protección a las industrias y sobre marina mercante e instrucción pública, habla de su propósito de procurar el orden en la administración (!) y la economía en los gastos públicos (!).

Entre tanto, sobre la cuestión económica, en la cual tiene ideas fijas, concretas y positivas, se limita a decir que el país requiere régimen.

Por qué no dijo, como lo piensa, y lo tiene propuesto, que el remedio de la crisis económica se encuentra en la creación de un «Banco del Estado» que emita harto papel moneda y que entregue a los dirigentes de la política los fondos de la conversión y los demás que pueda pro-

curar o simular el crédito público, para distribuirlo paternalmente entre los amigos y para manejar al país desde Santiago por medio de un botón eléctrico, que baste sólo apretarlo?

El señor Sanfuentes guardó silencio también sobre el respeto que la libertad electoral le merecerá durante su gobierno; y sin embargo, es éste el tema que debió abordar de preferencia, pues el país entero está alarmado con los atentados cometidos en las últimas elecciones por don Pedro Nicolás Montenegro, su fiel servidor y representante personal y directo en el Gobierno.

La conquista de la libertad del sufragio costó demasiado caro al país, en 1891, para que se allane ahora a entregarla, en toda paz y tranquilidad, y en obsequio de un candidato presidencial como el señor Sanfuentes.

Pero el mismo señor Sanfuentes comprende a qué extremos puede llegar la agitación en el país el día en que el pueblo se convenza de que hay un candidato a la Presidencia, o uno o más partidos, que pretendan aprovechar la autoridad del Gobierno para arrebatarse, como en tiempos pasados, el derecho de elegir a sus mandatarios.

Por éso, el señor Sanfuentes ha querido, más bien, hacer el silencio sobre este gravísimo tópico de nuestra actualidad política, y no lo tocó en su extenso y minucioso programa presidencial.

Por nuestra parte, estimamos que la presencia de don Pedro N. Montenegro en el Ministerio del Interior, durante las elecciones de Junio próximo, es un peligro público, dada la conducta que observó en las elecciones del 7 de Marzo, que sólo tenían un interés mediato en el pro-

pósito capital que lo ha llevado a ese puesto: el de servir a la candidatura del señor Sanfuentes.

En la elección presidencial, el señor Montenegro no reconocería vallas y su intervención abusiva y descarada se haría extensiva a todas y a cada una de las provincias de la República.

En cuanto a lo que haría de la libertad electoral, el señor Sanfuentes; si fuera elegido Presidente de la República, vale más no hablar de ello, porque el cuadro resultaría demasiado sombrío.

Pero ¿para qué seguiríamos examinando el programa presidencial del señor Sanfuentes? Eso sería dar a sus declaraciones una importancia que estamos ciertos que él mismo no les da. Eso sería como si tomásemos a lo serio su declaración de que no es ni será candidato a la Presidencia, repetida en su propio programa presidencial, en los momentos en que exigía la reunión de los comités coalicionistas para saber si podría o nó contar con su proclamación.

Llegamos al término de este ya largo estudio sobre las proyecciones que tendría la elección del señor Sanfuentes como Presidente de la República.

El tema es tan amplio que forzosamente hemos tenido que omitir detalles y aún hechos importantes, que hemos considerado conocidos de todo el mundo por haber ocurrido hace muy poco tiempo.

El examen detallado de esos hechos corresponde a los historiadores. Nosotros sólo hemos querido ilustrar el juicio inmediato que los chilenos deben formarse antes de

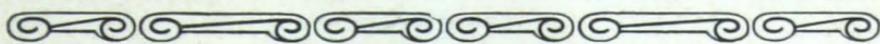
dar el fallo popular de más trascendencia que jamás se haya presentado en Chile.

La República atraviesa, como lo hemos dicho, por una situación gravísima, en la cual necesita apelar a la sabiduría y al patriotismo de sus mejores hijos.

Los cuerpos colegiados, como las Cámaras Legislativas, tienen sin duda mucha influencia en los destinos del país; pero es preciso que todos nos convenzamos de que en las actuales circunstancias sólo un Presidente de condiciones morales extraordinarias, un verdadero hombre de Estado, podrá encauzar la marcha de los negocios públicos y salvar a la República.

## **X. Y. Z.**

*(Abril de 1915).*



## El señor don Juan Luis Sanfuentes

### I

Es el candidato más agradable de ver.

La estatura que es elevada, la cabeza que es hermosa, la sonrisa natural que constantemente anima su fisonomía colorida, todo, hasta el contraste que resalta de la juventud de su tez y de sus ojos con las canas y calvicie, forman un conjunto de interesante simpatía.

Esta simpatía, don del cielo, está realizada por modales fáciles, por un espíritu jovial y por un aire de sencillez, que si no es la modestia, la imita a la perfección.

Tiene, pues, el señor Sanfuentes, condiciones externas para gobernar, ya que la buena cara, la buena figura y los buenos modales, facilitan la popularidad, tan útil en el Gobierno. Pero la verdad es que hay en nuestra tierra tanto buen mozo y apuesto personaje, que esas condiciones externas, apenas pueden considerarse ornato presidencial.

II

El señor Sanfuentes es el candidato más proclamado.

Desde hace dos años, un diario tomó la devoción de anunciar cuanto viaje de ida y vuelta hacía este caballero al histórico fundo de Los Quillayes.

Intrigado por este solícito interés en seguir los movimientos de un coche, tuve curiosidad de contar los viajes: han sido setenta y siete de ida y setenta y siete de vuelta.

El propósito del anuncio no pudo ser otro que el de preparar una candidatura presidencial.

Hago un solo comentario.

Es obvio que el cronista de los ciento cincuenta y cuatro viajes ha sido impulsado por gratitud o cariño; siendo así, la falta absoluta de recomendación al personaje, induce la idea de que el señor Sanfuentes tiene la virtud de ocultar sus méritos, aún a sus mejores amigos.

En Mayo de 1905, el señor Lazcano declaró que, a su juicio, «los hombres que se disputarían el mando de la República, con probabilidades de éxito, serían: Juan Luis Sanfuentes y Ramón Barros Luco». Proclamó así, ex-cátedra, la candidatura del señor Sanfuentes, pero sin expresar hecho alguno que la justificara.

Este austero laconismo dejaría al señor Sanfuentes con el prestigio que pudiera darle la opinión del Presidente del Senado; pero como se ha repetido mucho la especie de que ambos son rivales, tal prestigio queda en penumbra dudosa.

Días antes de las últimas elecciones, cuando una parte de la prensa aseguraba un gran triunfo del balmacedismo, tres distinguidos ciudadanos proclamaron la candidatura del señor Sanfuentes, convencidos de que era el hombre llamado por las circunstancias para hacer la riqueza de Chile.

Cualquiera que sea el mérito de sus autores, esa proclamación está atenuada por el interés partidarista que los inspira, y por la omisión de los hechos en que pudiera fundarse.

Sólo se alega que el señor Sanfuentes ha sabido hacerse rico; y que, en consecuencia, ha de saber hacer rica a la Nación.

En mi criterio, los procedimientos que hacen la fortuna privada, son diversos de los que hacen la fortuna pública, a veces diametralmente opuestos. En Estados Unidos de América abundan los grandes millonarios; y, sin embargo, nadie piensa en esa Nación modelo que el millonario esté llamado a gobernar. Queda, pues, esta tercera proclamación, en la misma penumbra de las anteriores.

### III

El señor Sanfuentes no tiene servicios públicos. No ha iniciado ni defendido en el Congreso proyecto alguno de interés general

Ministro de Hacienda a mediados de 1901, durante cuatro meses dieciocho días; y Ministro del mismo ramo durante catorce días, al iniciarse el gobierno del señor

Riesco, se recuerda como obra suya un proyecto sobre enajenación de algunas propiedades salitreras.

Se recuerda también otro proyecto sobre resguardos de cordillera, con abundantísima dotación de empleados.

La venta de bienes públicos y la creación de numerosos empleos, no recomienda a un estadista en parte alguna del mundo, y mucho menos en Chile.

Miembro de la Cámara desde 1897 hasta 1900, Senador desde 1903, no ha terciado en debates de interés público.

Debe ser, sin embargo, inteligente, porque ha hecho fortuna con la inteligencia; y tiene palabra fácil, como lo demostró en la defensa de sus poderes de Senador.

Pero, conviene repetirlo, no se ha preocupado de servir al país, y, quizás no está preparado ni organizado para el servicio.

Como escritor público el señor Sanfuentes, sólo conozco la «Manifestación», que en Abril del último año, dirigió «A los hombres honrados».

Es un factum comercial-político. Dice allí que «se ape- la a negocios particulares... con fines exclusivamente políticos»; que «la calumnia y la difamación revisten las formas odiosas del encono más exaltado».

Declara que no oculta «el desprecio que le merecen difamadores de tan mala ley».

Enuncia cinco de los negocios que ha organizado, o se han organizado con su intervención, y afirma que todos ellos son buenos.

Pide hidalguía a sus enemigos, y asegura que importantes funcionarios estimulan la difamación como arma

política contra él. Termina acusando de ingratitud a un alto personaje, en quien los lectores han creído reconocer al Presidente de la República.

Esa «Manifestación» no ha favorecido al señor Sanfuentes como hombre de negocios, ni como hombre político.

De los cinco negocios recomendados por él, ha sucedido que en el de «Ovejas» estimó en catorce millones terrenos que sólo valían seis; y que el «Banco Salitrero» y la «Nueva Compañía de Gas», carecían de base, y no pudieron llevarse adelante.

En cuanto a sus alusiones políticas, el público se ha quedado a oscuras, sin comprender qué suceso o chisme es el que podría explicar la colocación que el señor Sanfuentes tome al lado del Presidente, con ceño de rival amenazador.

#### IV

Caracterizan al señor Sanfuentes sus dotes de caudillo. Ahí están los hechos de pública notoriedad.

Sin ninguno de los servicios públicos que dan gloria y popularidad al Almirante Latorre; sin los reflejos presidenciales e ideales políticos del señor Claudio Vicuña; sin los talentos y preparación, sin los servicios del señor Salinas; sin la labor parlamentaria del señor Elías Balmeceña; en condiciones de inferioridad a todos ellos, el señor Sanfuentes ha reunido y mantenido compacto casi todo el grupo liberal-democrático, y lo manda en jefe.

Ese mando importa un despotismo personalísimo.

Ha contrariado abiertamente la doctrina liberal-demo-

crática, y le ha sustituido, no otra doctrina, sino un sistema o procedimiento lucrativo.

Apenas es necesario demostrarlo.

El partido liberal-democrático nació en 1890, y su nacimiento fué simultáneo con la incubación de la Dictadura.

Nació de los calores que produjo la gran campaña política entre el Presidente de la República y el Congreso: entre el Presidente, que sostiene la candidatura presidencial del señor Enrique Salvador Sanfuentes, y el Congreso que quiere mantener la libertad electoral.

El Presidente pretende elevar la causa de este conflicto invocando teorías constitucionales. Abandona sus ideas de parlamentarismo, y adopta el sistema presidencial, que califica de *representativo*.

Sobre esa base presenta un extenso proyecto de reforma de la Constitución, que en su parte sustancial destruye los privilegios del Congreso, y coloca la prerrogativa presidencial de nombrar Ministros fuera de la acción parlamentaria.

Esta nueva teoría llena la historia política del año 1890.

De Enero a Junio gobierna un Ministerio que no tiene mayoría parlamentaria, y que dimite en las vísperas de la apertura del Congreso.

A este Ministerio sucede otro, que se califica a sí mismo de presidencial, y que se declara con derecho a mantenerse mientras cuente con la confianza del Supremo Magistrado. No toma en consideración las opiniones del Congreso, desdeña los votos de censura parlamentarios. Más todavía, los considera un honor.

Si el Congreso, en uso de sus atribuciones constitucionales, le niega las contribuciones, permanecerá en la Moneda aconsejando al Presidente de la República que mantenga su prerrogativa. Para mantenerla, lo estimulará a preparar la Dictadura, clausurando el Congreso.

Esta doctrina nueva se ha arraigado tan súbitamente en el corazón del partido liberal-democrático, que el Ministro del Interior declara al Presidente de la República que está dispuesto a sacrificar en favor de tal teoría sus intereses, su familia, que está dispuesto a morir a su lado.

Esa teoría que se encarnó en el alma del Presidente de la República, trajo la dictadura y el sacrificio de Balmaceda, que se declaró vencido, pero manteniendo su doctrina hasta el último instante de su vida.

En el Testamento escrito de su propia mano el 18 de Septiembre de 1891, recomienda a su partido que se mantenga fiel a las ideas liberales y al sistema representativo, esto es, a la defensa de la prerrogativa presidencial contra toda invasión del parlamentarismo.

El señor Claudio Vicuña, único albacea testamentario que hoy existe de Balmaceda, se ha esforzado constantemente en realizar la unificación de los elementos liberales.

El programa del partido liberal-democrático, promulgado en la Convención de Talca, confirma las mismas declaraciones.

Un proyecto de ley presentado en una de las últimas sesiones de la Cámara, que tiene por objeto dar vida constitucional a la misma teoría, lleva la firma del señor Manuel Salinas, y de otros señores Diputados.

Si hay algo claro como la luz del día, es que el nacimiento y la existencia del partido liberal-democrático están indisolublemente unidos a la doctrina del Gobierno presidencial, cuya base es el establecimiento y defensa de la prerrogativa del Jefe del Estado en sus relaciones con el Congreso.

## V

El señor Juan Luis Sanfuentes, caudillo del partido liberal-democrático, ha contrariado sistemáticamente la doctrina de ese partido, tal como fué establecida en el Congreso, en el Testamento de Balmaceda y en la Convención de Talca.

Ha invadido la prerrogativa presidencial, pretendiendo imponer personas determinadas para las funciones ministeriales, y ha debilitado estas mismas funciones pretendiendo que los ministros subordinen el presupuesto de gastos y los nombramientos de empleados, a las indicaciones de sus correligionarios en el Congreso. Ha intentado hasta la abdicación presidencial, sin causa alguna digna de expresarse!

A estas irregularidades, impropias del régimen parlamentario, ha agregado la multiplicación de las crisis ministeriales; ya para crear dificultades al Presidente de la República; ya para complacer a sus amigos que deseaban ser ministros; ya para alejar de la Moneda a rivales posibles, como lo hizo con los señores Arturo Besa, Rafael Errázuriz Urmeneta y Rafael Sotomayor.

Estuvo, también, a punto de producir crisis política a

principios de 1904, queriendo impedir la elección del señor Lazcano para la Presidencia del Senado. Divisaba en él otro candidato, otro rival, y trabajó sigilosamente para derribarlo.

Los dioses le fueron adversos: perdió la campaña, enalteciendo el prestigio de su adversario.

Más grave que lo expuesto es la orientación que ha dado al partido balmacedista.

Las tradiciones del Jefe obligaban a ese partido a mantenerse bajo banderas liberales; y lo único que habría podido hacer olvidar la calamidad de 1891, habría sido la defensa constante de la prerrogativa presidencial contra las invasiones del Parlamento.

Sólo el partido liberal democrático habría podido decir: «Atropellé la letra de la Constitución, para defender su espíritu».

No ha hecho eso sino todo lo contrario.

Ha combatido, hasta anularla, la influencia benéfica del señor Vicuña, albacea testamentario de Balmaceda y Jefe natural del balmacedismo, que habría querido unir a la familia liberal en el servicio de sus ideas y del país.

## VI

La obra del señor Sanfuentes está escrita en la inestabilidad de la presente administración, en la cual ha intervenido como jefe supremo del balmacedismo.

Recordemos los hechos.

La administración Riesco, que nació de la alianza de liberales, balmacedistas y radicales, triunfante sobre la

coalición de conservadores y monttinos, ha sido la más fecunda en crisis ministeriales y políticas.

He aquí sus ministerios:

Liberales de la alianza (Septiembre y Noviembre de 1901, Mayo de 1902, Mayo y Octubre de 1904 y Marzo de 1905).....	6
Liberal, con monttinos y sin radicales (Noviembre de 1902).....	2
Coalicionistas de conservadores, balmacedistas y monttinos (Abril, Junio, Septiembre y Octubre de 1903 y Enero de 1904).....	5
De administración (Abril de 1904 y Agosto de 1905.	2
Coalicionista de conservadores, balmacedistas y demócratas (Octubre de 1905 y Marzo de 1906).....	2

En resumen, esa administración ha tenido ya 16 gabinetes:

Liberales de la alianza.....	6
Coalicionistas .....	7
Liberales con monttinos y sin radicales.....	1
De administración .....	2

En los catorce gabinetes políticos la participación de los partidos ha sido:

De los balmacedistas en.....	14
De los liberales en.....	6
De los conservadores en.....	7

De los monttinos en.....	6
De los radicales en.....	6

Detengámonos en algunos de ellos.

La alianza liberal perdió el Gobierno en Noviembre de 1902, y le sucedió la coalición en Abril de 1903, porque el señor Sanfuentes abandonando la alianza, celebró con los conservadores un pacto de apoyo recíproco para las elecciones de 1903.

En Abril de 1904, cayó la coalición y se organizó un Ministerio de administración. Cayó el Ministerio coalicionista presidido por el señor Rafael Errázuriz Urmента, porque éste había despertado celos en el candidato en el viaje de estudio que hizo a las provincias del norte, acompañado de lujoso cortejo.

En Agosto de 1905, cayó el Ministerio de alianza liberal, porque en Julio de ese mismo año el señor Sanfuentes celebró nuevos pactos con los conservadores para las elecciones de 1906.

A la alianza no sucedió la coalición, porque ésta no pudo reunir mayoría parlamentaria. Hubo de organizarse en Agosto un nuevo ministerio de administración.

Este cayó en Octubre de 1905, porque balmacedistas y conservadores solicitaron y obtuvieron el concurso de dos tercios del partido demócrata, y con ese esfuerzo organizaron el ministerio balmacedista-conservador que gobernó hasta el 19 de Marzo último.

Este ministerio se anarquizó por la intervención electoral que ejercieron los ministros balmacedistas de Jus-

ticia y de Hacienda, y que reprobaron los Ministros conservadores, Cruchaga, Fóster y Gutiérrez.

Es, pues, un hecho que en los cambios políticos de la administración actual ha tenido influencia decisiva la agilidad con que el señor Sanfuentes viaja entre los campamentos, pasando de la alianza a la coalición, y de la coalición a la alianza.

Débense también a su destreza para idear fórmulas de negocios electorales, y de asociaciones cooperativas de empleos, sin molestar a los principios, que duermen en los discursos, en el Testamento y en el Programa.

## VII

En las crisis puramente ministeriales, la influencia del señor Sanfuentes aparece tan poderosa como en las crisis políticas.

Diez o más de los gabinetes, han caído por litigios de partición de empleos. Es verdad que en ellos han terciado conservadores, liberales, monttinos y radicales, pero la demanda de los balmacedistas ha sido bastante mayor que la de sus aliados.

Solo los radicales han dado ejemplo de desprendimiento.

Conviene recordar un hecho característico.

En Marzo de 1905 se organizò el último ministerio de la alianza liberal con dos balmacedistas, dos radicales y dos liberales.

Cuatro días después de organizado, la suspensión del Jefe de Contabilidad de los Ferrocarriles lo puso en peli-

gro de crisis. Los diputados y el Directorio balmacedista notificaron a sus ministros que les retirarían su apoyo si no se conservaba en su empleo al correligionario suspendido.

Salvada esa dificultad por un expediente fortuito, quedó vacante el empleo. El Ministro señor Charme, a quien correspondía el nombramiento, quiso hacerlo por ascenso. Los dos ministros balmacedistas se opusieron, declarando que si el empleo no se daba a un correligionario, se retirarían del Ministerio.

Para evitar la caída del Gabinete, fué necesario mantener la vacante durante cinco meses, hasta que producida la crisis, el Presidente y el Ministro señor Charme nombraron al empleado a quien correspondía el ascenso.

Numerosos actos análogos han perturbado la administración del señor Riesco.

Las crisis políticas y las ministeriales del presente quinquenio son obra, en parte principal, del partido balmacedista, gobernado por el señor Sanfuentes.

¿Constituyen esas crisis un haber político que acerque al solio presidencial?

Este punto debe estudiarse con relación al balmacedismo y con relación al país.

## VIII

Muchos balmacedistas serios no son partidarios del señor Sanfuentes. Algunos de ellos, por su causa, se han retirado del partido.

Comprenden que el interés del balmacedismo está vin-

culado a la unificación de los grupos liberales bajo una bandera de tolerancia, y de progreso social y económico, como lo han querido los señores Vicuña, Ballesteros y otros. Y se dan cuenta cabal de que la dirección del señor Sanfuentes, llevando al partido a merodear en todos los campos, lo ha desprestigiado en la opinión pública, lo ha hecho sospechoso a los demás partidos, y talvez, por ahora, le cierre la puerta de la rehabilitación definitiva en el seno del liberalismo.

Están acaso lastimados por la orientación impresa al partido por el señor Sanfuentes.

Deben los balmacedistas, so pena de suicidarse, defender las prerrogativas presidenciales contra toda exageración del parlamentarismo. Dirigidos por el señor Sanfuentes, no han hecho otra cosa que perturbar la acción del Presidente de la República, y la de los propios Ministros por causas de lucro mezquino.

Los más dignos dicen con razón: «Este hombre no es un discípulo, es el mayor enemigo de nuestro Jefe. Nos presenta como secuaces de un parlamentarismo desenfrenado, y por añadidura, como merodeadores políticos.»

Creemos que los liberales-democráticos serios tienen razón, y el tiempo habrá de dárselas.

## IX

Por último, a fuer de proveedor de destinos públicos, el señor Sanfuentes se ha hecho odioso a todos los empleados, incluso los mismos balmacedistas. Comprenden que la invasión de los protegidos del señor Sanfuentes es

para ellos una amenaza constante en sus ascensos, único aliciente del funcionario. Se indignan, también, por el descrédito que arroja sobre las funciones públicas la intrusión de favoritos inexpertos o inescrupulosos.

El desprestigio del señor Sanfuentes se refleja, como es lógico, en el balmacedismo.

Bajo éstos y otros aspectos, la influencia soberana del señor Sanfuentes ha perjudicado el interés material y la consideración moral del partido balmacedista, como agrupación política que aspira a servir al país.

En las últimas elecciones, no obstante su participación en el Gobierno, y la intervención electoral atribuída a sus Ministros, pudo darse cuenta de su decadencia popular: ha perdido no pocos de los asientos que tenía en el Congreso y, lo que no es menos grave, muchos de sus hombres representativos e importantes han quedado fuera de él.

## X

La influencia del señor Sanfuentes, contemplada en sus efectos generales sobre la vida política de la República, ha sido también perniciosa.

Se ha contribuido a acentuar la lucha entre el Presidente y el Congreso; a rebajar el prestigio de los Ministros, sujetándolos a obrar dentro de las solicitudes, exigencias y presiones del respectivo grupo parlamentario; a implantar el sistema ministerial rotativo, y a multiplicar, en una palabra, las crisis ministeriales.

En tales condiciones se ha debilitado la autoridad mo-

ral del Presidente de la República; los asuntos de interés general se han desatendido, los abusos electorales se han hecho endémicos, los servicios administrativos se han relajado, los dineros y empleos fiscales han llegado a ser moneda electoral, y su reparto, atención preferente, del Congreso.

Estos y otros abusos han invadido muchas municipalidades y algunos elementos sociales; han debilitado en el pueblo el respeto a la autoridad, y comprometido en el extranjero el buen nombre de la República.

Estas desgracias son, sin duda, imputables a todos los partidos y políticos que las explotan; es cierto.

Pero ni todos los partidos ni todos los políticos son cómplices. El partido radical, por ejemplo, no ha hecho cuestión de empleos públicos. Los señores Reyes, Montt, Mac-Iver, Vicuña y Barros Luco han sacudido de sus vestiduras senatoriales el polvo de esa fea complicidad.

No lo ha hecho el señor Sanfuentes, y por eso debe separársele, a mi juicio, del concurso presidencial, destinado a poner a la cabeza del Gobierno a un mandatario que ame a su patria, y haya dado pruebas de poder y de querer servirla.

**Julio Zegers.**

*(Abril de 1906)*

